

Reseña de SCULL, Andrew. (2019). *Locura y civilización. Una historia cultural de la demencia, de la Biblia a Freud, de los manicomios a la medicina moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.

A lo largo de casi quinientas páginas, Andrew Scull revisa, con lujo de detalle, la significación de la locura desde una perspectiva cultural, médica y social en diferentes civilizaciones en el transcurso del tiempo. La primera edición de esta obra se publicó en inglés en 2015 y en 2019 apareció en español, traducida por Víctor Altamirano. La revisión sigue un orden cronológico muy amplio, desde las conocidas representaciones de la locura de Saúl y Nabucodonosor en el texto bíblico, hasta los últimos tratamientos psiquiátricos de los años 2010-2016 para cualquier trastorno de la razón.

El recorrido resulta muy interesante pues en el curso de éste se demuestra cómo la locura no sólo ha inquietado a los científicos, sacerdotes, políticos, artistas, sino que también interpela constantemente nuestra conciencia y nuestra mirada sobre el entorno en donde interactuamos. Esta perturbación “masiva y duradera de la razón, el intelecto y las emociones”, como la llama Scull, es, en opinión de este sociólogo, un fenómeno presente en todas las sociedades de la historia de la humanidad.

El autor se apoya en textos literarios, representaciones pictóricas, testimonios médicos, tratamientos, diarios, películas, etcétera, para analizar el fenómeno de la locura. Dentro del universo literario, las fuentes obligadas en la cultura occidental, tales como la Biblia o las obras homéricas, están presentes para ilustrar ampliamente las diferentes maneras de entender lo que sucede cuando alguien sufre este trastorno; ya sea por la manifestación de un descontento divino o un acto de posesión demoníaca. En esta travesía se hace referencia a la *Divina comedia* de Dante cuyo recorrido en el infierno, guiado por el poeta Virgilio, lo lleva al octavo círculo donde, al lado de Satanás, se encuentran los falsarios, charlatanes e impostores, quienes reciben como castigo padecer lepra, hidropesía y locura. Este desorden mental también está presente en una parte considerable de la obra de Shakespeare y Scull analiza *El rey Lear*, *Hamlet* y *Tito Andrónico*, fascinado por el motivo de la locura fingida. El repertorio de obras literarias estudiadas, tales como *Elogio de la locura*, *Orlando furioso*, algunos cuentos de Jonathan Swift, ciertos

títulos de la novela negra, *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, *La campana de cristal* de Sylvia Plath, y varias piezas de teatro de Tennessee Williams, sirven para ilustrar los efectos de este trastorno del pensamiento.

El libro se acompaña de bloques de láminas en color y en blanco y negro, con pinturas y grabados, obras escultóricas y fotografías que se integran al análisis del autor para complementar la problemática abordada. Estas obras, tomadas en su mayoría de museos europeos, traducen con una sola imagen las diferentes perspectivas culturales de la representación de la locura. Así se ofrece, por ejemplo, una cratera que reproduce la ira de Heracles; o bien una lámina del siglo XIII, sobre el asesinato de Thomas Becket, que representa la falsa creencia sobre la sangre de este santo que servía para curar la locura, la lepra y la sordera; se observa el célebre lienzo de El Bosco, intitulado “La nave de los locos”, vagando sin rumbo fijo. También hay múltiples retratos de magos, astrólogos, místicos y loqueros que decían curar el mal, como es el caso de Richard Napier o de san Ignacio de Loyola, quienes realizaban exorcismos para salvar a los locos, poseídos por el demonio. Se suman también en estos bloques, grabados de plantas que servían para curar o mitigar los efectos de este padecimiento como son el eléboro negro o la rauwofolia serpentina. Además se incluyen imágenes de los primeros hospitales, que se convirtieron en asilos para locos, como el de San Bonifacio en Florencia, el Bedlam en Londres, la Salpêtrière en París o el anexo del hospital de Arles, pintado por Vincent van Gogh, y el *Corral de Locos*, de Francisco Goya, que muestran la vida de los pabellones de la locura con todo su horror. Por último, se incorporan fotografías de hospitales para enfermos mentales abandonados, muchos de ellos por una visión común que data de los años 60 del siglo XX en la que se consideraba a estos recintos altamente destructivos y era necesario sacar a los locos del asilo y regresarlos a sus comunidades de origen. Es el caso del hospital de Michigan, el de Massachusetts, el de la Isla de San Clemente en Venecia. Se adjunta también el Estudio de Freud en Hampstead, Austria, lugar emblemático para la historia del psicoanálisis, que tuvo que abandonar por causa de la persecución de los nazis contra los judíos en ese país.

El autor utiliza como epígrafe una frase de Montaigne, quien señala en el libro tercero de sus *Ensayos*, que “[se podrá] decir de mí que no he hecho aquí sino un amasijo de flores ajenas sin aportar de mi propia cosecha más que el hilo para unir las”. Estas líneas sirven para justificar la metodología de Scull. El sociólogo sustenta su análisis con una lista de casi quinientos títulos de bibliografía que reflejan bien la visión interdisciplinaria del estudio. Se incluyen historias o enciclopedias de la medicina en Oriente y en Occidente, interminables estudios psiquiátricos, tratados sobre la melancolía, el confinamiento, la histeria, la brujería, el suicidio, la hipnosis, el psicoanálisis, así como títulos sobre el cine negro, el teatro en la antigüedad, la música, el nazismo, el racismo, informes militares, diarios de soldados y las memorias de varios hospitales.

Todos estos documentos describen de una u otra forma la naturaleza de la locura y los métodos para curarla. Por ejemplo, en la antigüedad se pensaba que la epilepsia era una enfermedad sagrada. La medicina hipocrática creía que el origen de todas las enfermedades de la mujer estaba en el útero. La teoría humoral se detenía en los síntomas e indicaba las vías para salir del mal. Discípulos de Aristóteles e hipocráticos se confrontaban sobre el lugar que tienen las emociones y la actividad mental en el cuerpo. Para los primeros se trataba del corazón, para los otros, del cerebro. En cuanto a los chinos y para la medicina ayurvédica de la India, la locura nunca se interpretó como una enfermedad diferente de las otras, sino como un desequilibrio corporal y cosmológico como ocurría con otros padecimientos. Entre los diferentes tratamientos para atenderla, en el mundo árabe, las purgas y la cauterización de la cabeza con hierros candentes eran utilizadas como remedios contra este mal. Con la difusión de la cultura impresa y el advenimiento de la Revolución científica se dejó de pensar en la locura como resultado de una posesión diabólica y algunas voces se manifestaron a favor de estudiarla como un trastorno, producto de una lesión traumática o bien por desórdenes físicos que tenían efectos mentales. Se recurrió también a dispositivos tales como la camisa de fuerza, “el templo chino” o “el tranquilizador”, artefactos que servían para someter al enfermo a violencia extrema como encerrarlo en una jaula bajo el agua o bien inmovilizarlos en una silla, con todos los miembros contenidos por cuerdas o madera, para evitar que los músculos actuaran, aplicando en la cabeza hielo o agua fría y caliente en los pies, durante varias horas para someter a los pacientes más rebeldes. La electricidad jugó un papel muy importante en el tratamiento de la locura, primero a muy bajo voltaje en el siglo XIX y después en el XX a descargas muy fuertes que producían convulsiones. Esta técnica también se usaba para hacer hablar a los mudos, hacer escuchar a los sordos o hacer caminar a los paráliticos. Este recurso se empleó de forma abusiva para los heridos de guerra. Se revisan, a lo largo del texto, los nocivos efectos de otros usos terapéuticos tales como el suero de caballo inyectado en los canales de la columna, la estricnina, el aceite de alcanfor, el calcio coloidal o el cianuro. La primera mitad del siglo XX vio aparecer la célebre intervención quirúrgica de los lóbulos frontales del cerebro, conocida como leucotomía o lobotomía, idea del neurólogo portugués Egas Moniz y que más tarde “perfeccionaron” James Watts y Walter Freeman. Este tratamiento tuvo una gran aceptación al grado que Moniz recibió el premio Nobel de medicina en 1949 y, para 1953, se calcula que a más de 20000 enfermos en Estados Unidos les aplicaron esta intervención. Sus efectos nefastos son ampliamente ilustrados en el célebre film de Milos Forman *Alguien voló sobre el nido del cuco*, inspirado de la novela de Ken Kesey, quien trabajó como camillero en un hospital psiquiátrico de California. La década de los sesenta vio nacer la era de la psicofarmacología moderna y para Scull se trata de una revolución en la práctica de la psiquiatría que ha influido en el entendimiento cultural más amplio de las enfermedades mentales, aunque con ciertas reservas. Desde 1960 hasta el día de hoy el

universo de los fármacos psiquiátricos se ha diversificado, dejando ganancias millonarias a los laboratorios farmacéuticos, sin con ello haber logrado vencer al mal.

Se integran a la vasta revisión de Scull los trabajos de figuras como la de Johann Christian Reil quien acuñó el término “psiquiatría”; la de Alois Alzheimer, médico alemán que detectó las placas y las marañas neurofibrilares que se asocian con la forma de demencia que actualmente lleva su nombre; la de Eugen Bleuler que introdujo el término “esquizofrenia”; la de Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, junto con la de sus seguidores y detractores. Es de enorme interés los pasajes dedicados al tipo de psiquiatría colonial que, en opinión de este sociólogo, solía servir a los intereses de los poderes imperiales o bien al trabajo realizado por médicos nazis que exploraron métodos de “desinfección”, es decir de exterminio para los locos por medio de inyecciones letales, cámaras de gases o baños con monóxido de carbono, todos estos ejemplos muy claros para entender lo que la civilización se encarga de hacer con sus enfermos mentales.

Resulta muy desalentador el estudio, pues concluye que más allá de todo lo que se ha avanzado para entender el fenómeno de la locura, la frontera entre lo normal y lo patológico aún es extremadamente vaga e indeterminada. El argumento más contundente de esta revisión es que a pesar de todos estos progresos, quienes padecen este trastorno continúan muriendo en promedio veinte o veinticinco años antes que los demás y que la incidencia de manifestaciones graves del padecimiento así como su mortalidad crece de forma alarmante. Por ello, en opinión del Scull, este problema sanitario “sigue siendo un enigma fundamental, un reproche a la razón, una parte esencial e inevitable de la civilización misma”.

Claudia RUIZ GARCÍA
Facultad de Filosofía y Letras
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México